

Biblioteca Municipal

El valor
educativo de
la Sagrada Liturgia

Discurso leído en la solemne apertura del Curso Académico de 1935-1936 en el Seminario Conciliar de Santo Domingo de Guzmán, de Oaxaca, por el Profesor del mismo

Hc. D. Manuel Portal Cuende,
Presbítero

Director Espiritual de dicho Seminario y Maestro de Ceremonias de la Santa Iglesia Catedral.

Oaxaca de Oaxaca, 7 de Octubre de 1935.



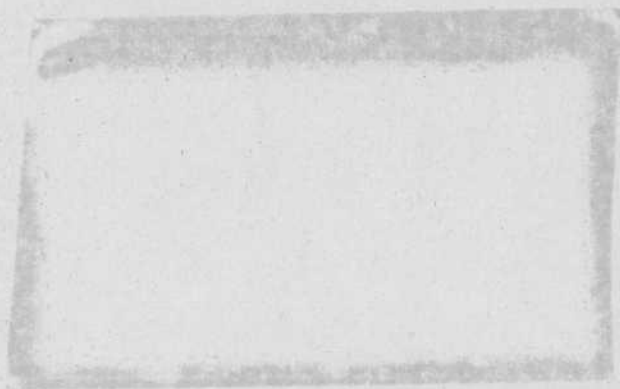
5-5-F
D
19

B.P. de Soria



1060263

SS-F D-19



R. 4.648

S.S.-F.

D-19

EL VALOR EDUCATIVO DE LA SAGRADA LITURGIA

Discurso leído en la solemne apertura del
Curso Académico de 1935-1936 en el Semi-
nario Conciliar de Santo Domingo de Guz-
mán, de Osma, por el Profesor del mismo

LIC. DON MANUEL HORTAL CUENDE, PBRO.

Director Espiritual de dicho Seminario
y Maestro de Ceremonias de la Santa
Iglesia Catedral.

Burgo de Osma, 7 de octubre de 1935.



1936
EDITORIAL URBION, S. A.
SORIA

Burgo de Osma, 18 de octubre de 1935.

Imprimase,

† TOMAS, OBISPO DE OSMA.

ADVERTENCIA.—Las ideas de este discurso y aun la mayor parte de sus palabras están tomadas de las obras «EL VALOR EDUCATIVO DE LA SAGRADA LITURGIA» del Excmo. Dr. Gomá, «LA SAGRADA LITURGIA» del R. P. Rojo, O. S. B. y «CURSO POPULAR DE SAGRADA LITURGIA» del R. P. Prado, O. S. B., Monjes los dos últimos de Silos. No tiene otro objeto su publicación que difundir las excelentes doctrinas, que magistralmente exponen en dichas obras sus autores, entre las personas que no puedan saborearlas directamente en tan copiosas fuentes. Como lo hacemos en el cuerpo del discurso, aprovechamos este momento para recomendarlas con el mayor interés.

EL VALOR EDUCATIVO DE LA SAGRADA LITURGIA.

DISCURSO.

EXCMO. Y RVDMO. SR.: (a)

ILMO. SR.: (b)

DIGNISIMO CLAUSTRO DE PROFESORES DEL SEMINARIO E INSTITUTO: (c)

MUY DIGNAS AUTORIDADES CIVILES, JUDICIALES Y MILITARES: (d)

VENERABLES SACERDOTES:

AMADÍSIMOS SEMINARISTAS:

SEÑORAS: SEÑORES:

EN este solemne acto de la apertura oficial del Curso Académico de 1935-1936 en este Seminario Conciliar de Santo Domingo de Guzman, de Osma, realizado por vez primera con vuestra presencia y presidencia, Excmo. y Rvdm. Prelado, y, como en años anteriores, con la vuestra, mis queridos con-Profesores, amadísimos Seminaristas y amigos todos muy estimados, otro, que no yo, debiera ocupar este lugar y poner a vuestra consideración en ocasión tan preciadísima temas más sugestivos y mejor desarrollados que el que yo voy a tener la honra de desenvolver ligeramente en estos momentos: EL VALOR EDUCATIVO DE LA SAGRADA LITURGIA.

Si «de la abundancia del corazón habla la lengua», yo no podía menos de tratar este asunto. Soy un enamorado, un CHIFLADO, si así queréis llamarme y no me ofendo por ello, de la Sagrada Liturgia. No fué ajena a la formación de las primeras ideas mi mente y de los primeros amores de mi corazón hacia la Sagrada Liturgia de la Iglesia, y sin ningún género de duda a mi vocación sacerdotal, la intervención de una sencilla mujer del pueblo, a quien me honro hoy dedicándole este mi humilde trabajo, a la vez que os pido a vosotros una oración por su alma:

(a) El Excmo. Sr. D. Tomás Gutiérrez Díez, Obispo de la Diócesis. (b) Los M. M. I. Sres. don Manuel Gutiérrez y don Pedro López, Vicario General y Provisor respectivamente, y don Eloy Marañón, Capitulares de la S. I. Catedral. (c) El Claustro de Profesores del Seminario y la representación del Instituto, integrada por don Juan de Vera, Director, don Eduardo de No, Secretario, y la señorita María del Carmen Fontecha, Profesora de Literatura. (d) Los concejales del Ayuntamiento de la villa señores don Mariano Martín, don Francisco Calvo y don Agustín Arroyo; el señor Juez Municipal don Fermín Lucas y el Comandante de puesto de la G. C. Sargento señor Calvo.

esa mujer fué mi madre, que gloria haya. Mujer de pocas letras (apenas sabía estampar su firma, ni leer más que lo preciso para avivar y mantener su devoción y piedad en libros a propósito y con caracteres de gran tamaño); pero de gran corazón y educada cristianamente por sus padres, sencillos labradores de Burgos, y formada después en el continuo trato con un hermano Sacerdote, Profesor de Filosofía en este Seminario, y Párroco después de mi pueblo natal, tenía un alto y profundo sentido litúrgico de las funciones religiosas que se celebraban en la parroquia, y jamás dejó de enviar a ellas a sus hijos y familia, lo mismo en los días de labor, que en los días de fiesta, pero especialmente en estos últimos, alocucionándonos a mí y a mis hermanos sobre la fiesta del día, al mismo tiempo que nos aseaba y ponía los trajes nuevos para presentarnos debidamente en la escuela, y marchar desde allí a la iglesia, en correcta formación, con los demás niños, acompañados del señor Maestro y precedidos de la Cruz redentora, cantando sencillas y sentidas estrofas a la Santísima Virgen, Divina Pastora de las almas

¡Benditas costumbres cristianas de nuestros cristianos pueblos, que primeramente un frío indiferentismo religioso y después un estúpido laicismo han ido arrancando de nuestros hogares y de nuestros pueblos!

Desde muy niño y merced a esta cristiana educación tomaba parte en las funciones litúrgicas de la parroquia sirviendo de acólito (casi único) en la Santa Misa y en las Vísperas solemnes, rezando el Santo Rosario, recitando en la Cuaresma la Doctrina Cristiana, etc. copiando después en casa lo que en la iglesia había visto, teniendo *mi* altar y *mis* ornamentos, *diciendo* casi a diario *misa*, y *dando la comunión* a mis hermanas y aún a otras personas, y anhelando siempre ser sacerdote, sin importarme un bledo que otros niños de mi edad, aun los de la familia, me llamaran *el curita*, nombre con que ellos pretendían molestarme y que para mí constituía el mayor de los honores y el ideal supremo de mis aspiraciones. (1)

Y vine al Seminario para corresponder a mi vocación y seguir la voz de Dios, y aquí fueron desarrollándose mis aficiones litúrgicas, deleitándome en las solemnes, aunque escasas, funciones que celebrábamos, y de un modo especial, asistiendo con sumo gusto y alegría de mi alma a las que tenían lugar en la Catedral: y fuí Sacerdote y Coadjutor Regente de una de las más pobres y más pequeñas iglesias de la Diócesis, aunque estaba enclavada en la capital de la provincia, donde celebraba

(1) Sobre las *comuniones* que yo administraba, quiero citar el siguiente caso, del cual yo no recuerdo, pero que muchas veces me refirió el Inspector de Escuelas de la provincia don Nicolás Nalda, q. e. p. d. Se hospedaba dicho señor en cierta ocasión en casa de mis padres: una mañana, antes de levantarse, oía tocar una campanilla y palabras en voz baja como si se estuviese celebrando Misa en la habitación inmediata. Extrañado de que hubiese Oratorio en la casa y nada le hubiesen advertido, se acercó de puntillas al lugar donde se oía el ruido y me encontró *revestido con ornamentos sacerdotales* y *diciendo misa*: no me inmuté en lo más mínimo, sino, *decía* el señor Nalda, que le mandé recado preguntando si quería *comulgar*, y habiendo contestado afirmativamente, para ver en qué paraba aquello, le *dí la comunión* como hubiera podido hacerlo un verdadero Sacerdote (en cuanto a lo exterior del acto.)

con el mayor esplendor mis fiestas litúrgicas, especialmente las de Semana Santa, hasta que la divina Providencia me volvió al Seminario otra vez, aunque de un modo muy distinto, y casi sin darme cuenta de ello me colocó en estos cargos que ahora desempeño, satisfecho y contento de ser con otro de mis queridos compañeros de Profesorado los directores de la Sagrada Liturgia de la S. I. Catedral y el encargado de enseñaros a vosotros, mis amadísimos Seminaristas, las Sagradas Ceremonias de la Iglesia, sin otro mérito de mi parte, que mi afición y mi amor, si queréis, *mi chifladura*, por la Sagrada Liturgia, que yo quisiera ver practicada por vosotros principalmente, pero por todos, Sacerdotes y fieles, con la mayor perfección posible y con el mayor esplendor y con toda la magnificencia que la Santa Iglesia Nuestra Madre despliega, lo mismo en las grandes Catedrales de la ciudades, que en las pobres iglesias de las más humildes aldeas.

Vosotros, mis queridos compañeros de Profesorado, con quienes asisto a las funciones del Coro, y aún más vosotros, mis amados seminaristas, sois testigos constantemente de mis continuas exhortaciones animándoos al estudio de la Sagrada Liturgia. Y es que estoy convencido cada vez más, sobre todo después de las constantes invitaciones y mandatos de los últimos Soberanos Pontífices, y en especial de Pío X, Benedicto XV y del actualmente reinante PIO XI, a Quien Dios guarde muchos años, de la necesidad del *Apostolado Litúrgico*. «pues en los tiempos presentes el católico y mucho menos el Sacerdote, no puede vivir de rutinas y atavismos. Debemos ser conscientes de lo que hacemos, para hacerlo cada vez mejor y para informar de ello a nuestros hermanos y a los demás fieles, ignorantes de las nociones más elementales en lo que concierne al servicio y culto de Dios, y que viven tal vez como paganos, efecto de esa ignorancia lamentable que tanto rebaja al hombre, que llega a perder el sentido de sus más apremiantes y santos deberes, cuales son los que le ordenan a Dios, su causa primera y su fin último». (1).

«Gracias a Dios, diré con el santo Prior del Monasterio de Silos, mi entrañable amigo el R. P. Agustín Rojo (2), va notándose en nuestros días un movimiento general de los fieles hacia la Liturgia, anhelando comprender mejor el lenguaje de la Iglesia orante, santificante y sacrificante, es decir, el lenguaje de la oración pública de la Iglesia, de la administración de los Sacramentos y de la oblación del Sacramento de la Misa, deseando a la vez darse cuenta del significado de los ritos y ceremonias todas que se verifican en el culto litúrgico. La Santa Madre Iglesia habla constantemente a los fieles por medio de la Sagrada Liturgia, que es a modo de un gran libro, abierto cada día a la lectura de cuantos saben leer, donde se contienen las verdades dogmáticas más sublimes, así como los incomparables preceptos morales del Cristianismo; y nada tan hermoso, nada tan poético, nada tan profundo ni tan elocuente como el lenguaje de la Li-



(1) R. P. Prado, *Obra citada* pág. 10.

(2) R. P. Rojo, *Obra citada* pág. 5.

turgia Católica, aunque no deje por eso de expresarse en la forma más fácilmente asimilable y accesible a todas las inteligencias. Es manjar dulcísimo y sabrosísimo este lenguaje litúrgico para el corazón y para la mente de los fieles, cuando de él saben alimentarse, cuando comprenden perfectamente todo su significado, todo su alcance. Ahí está el secreto del éxito de nuestros ministerios. Cuando se comprende perfectamente la Liturgia, es cuando reporta a las almas frutos abundantísimos y bien sazonados». «Vida litúrgica y vida cristiana, dice otro sabio benedictino de nuestros días (1), vienen a ser dos términos correlativos, dos vasos comunicantes, siempre al mismo nivel. La vida litúrgica es un índice y termómetro infalible de la vitalidad espiritual de los pueblos. «Lo decimos con toda confianza y sin temor de ser desmentidos, ha dicho un eximio Cardenal italiano, (2) cual es el espíritu litúrgico con que el pueblo asiste a los divinos Misterios, tal es también su grado de vida espiritual. La moralidad de un pueblo está en directa relación con su vida litúrgica y eucarística», y si de la vida cristiana común subimos al monte donde anidan las almas águilas, los contemplativos y santos, puede también afirmarse que «hay almas que viven todo el día de las colectas y demás oraciones de la Iglesia, que han cantado u oído de mañana, o del Oficio Divino que cantan o rezan. ¡Oh sencillo y fecundo método! Esas almas pasarán como naturalmente de la liturgia de la tierra a la liturgia del cielo (3). «Si la Iglesia Católica ha visto germinar y desarrollarse en su seno las más bellas almas religiosas, debido es a que acertó siempre a darles el maravilloso refuerzo de los ritos y ceremonias de su culto externo» (4).

«Piedad individual y piedad litúrgica, continúa el P. Prado, van coordinadas, si merecen el nombre de tales, lejos de excluirse o estorbarse. Es más: en cierto sentido, «no existen oraciones cristianas aisladas, pues en ese caso dejarían de ser cristianas. Un cristiano no es ni puede obrar en cristiano sino sólo en virtud de las ligaduras que le unen a todos sus hermanos en la fe y a Jesucristo. Su oración, por consiguiente, es universal, católica, pública...» (5) «*Sumus invicem membra*, decía San Pablo (6). La Liturgia es vida, es savia circulante por el cuerpo místico de la Iglesia. No es arqueología momificada, no es erudición, no es un espectáculo anacrónico, más o menos vistoso, ni coreografía medieval. Es vida, pero *vida actual*, que debe animar al cristiano y que debe, por lo mismo, adaptarse a su situación en los tiempos que corren. La Liturgia es *Catequesis*, *logos*, porque Dios es luz, como dice S. Juan, (7) y la Iglesia y sus hijos son *los hijos de la luz*, y la Liturgia es su más bella y formidable institución, una predicación amenizada con oraciones y cantos, lo mismo en la Santa Misa que en el Oficio divino, y por eso los Padres no acertaban a explicar ciertas verdades dogmático-morales a los fieles sino con frecuentes excursiones a las fórmulas o ritos de la Liturgia, tan familiares a los primeros cristianos. La Liturgia es *la Teología*

(1) P. Prado, pág. 66.

(2) Card. Lépicier, *L'Eucharistia centro di vita et di attivité sacerdotale*, pág. 158.

(3) Sauvé, *Li-anies du S. Coeur*, 31 Elévation.

(4) P. Pegués, S.P., *Comment. le la Somme. a Religión*, página 37.

(5) P. Mersch, *Vie du chrétien*, pag. 104.

(6) Ephes., IV, 5.

(7) I Joann., 5.

vivida, en acción, en drama; es un espectáculo adoctrinador, una ley que ayuda, un mandato que empuja con el concurso reclamado y provocado de nuestras facultades todas, espirituales y sensibles, de todas nuestras potencias vitales. La Liturgia es *Acción Católica*, que no es sino el apostolado de los seglares, coadyuvando con la jerarquía, allí donde ésta no puede penetrar, y «si, como dice Nuestro Santísimo Padre el Papa PIO XI, el mundoso salvará por la Acción Católica bien dirigida e intensamente aplicada; o se perderá por el bolcheviquismo ateo, tiránico y falsario», (1) en la Liturgia encontrarán los nuevos Cruzados de Cristo-Rey armas para derrocar al bolcheviquismo ateo, incendiario de templos e iconoclasta, afirmando que «Dios existe» y que «a El es debido todo honor y gloria por los siglos de los siglos», y practicando día y noche en todas las latitudes de la tierra esas alabanzas del Señor, emulando la *Laus perennis* del cielo: y armas también para derrocar al laicismo moderno, también ateo, que quisiera suprimir a Dios, a su Cristo y a su obra, inyectando fuertes dosis de sano liturgismo que dulce y fuertemente reduzca a Dios y a su servicio cordial las ovejas errantes, reducidas por el halagador señuelo libertario del antiguo y diabólico «*yo no serviré!*» (2).

(1) S. S. Pio XI al Excmo. señor Arzobispo de Quito.

(2) P. Prado, pág. 72.

«El valor educativo de la Liturgia es muy grande. Porque muchos siglos pasaron sin que los fieles leyesen en otro libro que el de la Sagrada Liturgia, y tenían una cultura religiosa envidiable, y demostraban una fe a toda prueba y hondo arraigo de convicciones, que les llevaba derechos a los heroísmos del martirio; del martirio lento de la vida cristiana, y del martirio en que corría a ríos la sangre, semilla de nuevos cristianos».

«Por desgracia muchos fieles no comprenden la Liturgia, siendo para ellos una cosa muy misteriosa, dice el P. Rojo, (3); algo muy bueno y muy santo, sí, pero que está por encima de sus inteligencias. Por eso se les hace difícil guardar la debida atención y recogimiento en los actos del culto, pues no llegan a entender bien lo que en su presencia se realiza; y de ahí se sigue el abandono de la Misa Parroquial, contentándose con asistir la mayor parte, aun en los días de fiesta, a una Misa rezada, lo más breve posible; la imponente soledad de las funciones corales de nuestras Catedrales y Colegiatas, de las que con toda verdad puede decirse que *está divorciado* nuestro pueblo y de ahí que se vean privados de muchas gracias y enseñanzas que la Iglesia les quiere comunicar por medio de la Liturgia en ceremonias tan solemnes, en ritos tan llenos de significado».

(3) P. Rojo, pág. 6.

Es evidente, por tanto, la utilidad, por no decir la necesidad, de explicar a los fieles la Liturgia, y procurar con empeño que beban con alegría en las fuentes de esa Liturgia, cada vez mejor comprendida, las refrigerantes aguas de la doctrina de la fe, de la piedad genuina y de una vida más perfecta. Por eso vosotros que sois o habéis de ser los que han de realizar esta obra para salvar las almas, no os extrañaréis de que haya

elegido este tema para mi discurso. No es posible desarrollar un tema tan extenso como el presente en el breve espacio de tiempo de que dispongo. El Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Toledo, Primado de España, siendo Canónigo de la Metropolitana de Tarragona, lo hizo admirablemente en su preciosísima y voluminosa obra, «EL VALOR EDUCATIVO DE LA LITURGIA CATOLICA», cuya lectura recomiendo a todos, pero especialmente a Sacerdotes y Seminaristas, libro verdaderamente de oro y que es, como su autor reconoce, una glosa de las ideas fundamentales expuestas por el entonces Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en España Monseñor Ragonesi, en su discurso de clausura del Congreso Litúrgico de Montserrat en julio de 1915. De dicho libro son la mayor parte de las ideas y aun las palabras de este mi pobre y desaliñado trabajo, que yo presento como mi granito de arena para la grande obra de la restauración de todas las cosas en Cristo, conforme a aquellas palabras del Apóstol de las Gentes: «*Instaurare omnia in Christo*». Que todo sea para mayor gloria de Dios y salvación de las almas. (1).

(1) Ephes., I, 10

CRISIS ACTUAL DE LA LITURGIA

AL hablar el Excmo. Sr. Primado de España de los *obstáculos a la acción educadora de la Liturgia* dedica una sección entera de su libro a esa materia dividiéndola en tres capítulos con estos títulos: *Crisis actual de la Liturgia: el hecho.* — *Causas de la crisis: el ambiente social: el ambiente litúrgico.* — En el primero considera esa crisis bajo tres aspectos: la *crisis de la acción litúrgico-social*, la *crisis del sentido litúrgico* y la *crisis de la misma Liturgia*. «Huysmans, dice el sabio Prelado (2), contemplaba la Catedral de Chartres, erguida sobre el pobre caserío que la circunda, levantando al cielo sus dos torres gigantes, como un orante que levanta al cielo sus manos, juntas a dos las yemas de las dedos...; y el pueblo pasaba fugaz, junto a sus muros, sin pensar en la fe de sus mayores que levantara aquella maravilla. Es un símbolo y un contraste aplicable a nuestra villa: el símbolo de lo que fué en otro tiempo el culto católico, y el contraste de nuestra generación con las pasadas, de las que no parece ser hija en punto a prácticas religiosas. Hay en éstas hoy, más que un signo de la vitalidad cristiana, un movimiento inerte mecánico, que parece extinguirse con el roce de los años. Todavía se yerguen en nuestras ciudades y poblados los templos del Señor, pero pensamos a veces si la generación futura podrá levantar otros el día que se derrumben. Practícanse aún las santas ceremonias de nuestro culto; pero de día en día son más escasas, más pobres, casi diríamos moribundas».

«No hay exageración en estas afirmaciones. El fenómeno aparece menos visible en los grandes centros de población: la mayor comodidad, la variedad de recursos, la abundante riqueza, el más crecido número de quienes son dueños de sí y de su tiempo, hacen que se llenen aun los

(2) Dr. Gómara, pág. 499 y siguientes.

templos del Señor; con todo la gran masa no se interesa por las funciones litúrgicas, y aun éstas pierden en intensidad de sentido litúrgico. Más sensible es el decrecimiento de las prácticas religiosas en pueblos y aldeas; párrocos y misioneros, nos darían desconsoladoras estadísticas sobre todo lo que constituye la vida litúrgica del pueblo cristiano: precepto de la Misa, comunión pascual, enterramientos, ayunos, sacramentos, asistencia a funciones litúrgicas de supererogación, espíritu de devoción, devociones, reverencia para las cosas de Dios, etc».

«El llamado *abstencionismo religioso* crece rápidamente; en no pocas regiones están ya en mayoría los cristianos «*de las cuatro ceremonias*», bautismo, primera comunión, matrimonio y sepelio cristiano; no pocos no tienen otro contacto con la Liturgia que el de la Misa dominical, oída en un rincón del templo, sin atención ni idea de lo que en el altar se realiza; o entre el fausto de las *misas de doce y de una*, donde se dan cita la frívola vanidad y la ignorante rutina. Pocos concurrentes a las otras ceremonias sagradas, que asisten a éstas como si para ellos fuera un arcano. Nuestras Catedrales y Colegiatas no tienen alma; tienen la suya, es decir, el alma que supo infundir en ellas el genio de la raza cristiana que las levantó, pero el alma popular ha salido del cauce de su tradición y no vibra al unísono de la de nuestros famosos templos, y los que en ellos celebramos la santa Liturgia, nos lamentamos de la soledad en que nos dejó el pueblo. Si *la Liturgia es servicio social de Dios*, nuestra Liturgia está mutilada, porque no toma parte en ella más que la jerarquía, y el pueblo solamente en determinados y contados días está con nosotros: nuestras solemnidades, procesiones, rogativas, oficios a veces solemnísimos, no tienen oyentes; solamente los que formamos las menguadas residencias corales somos actores y oyentes».

«Leyes desamortizadoras liquidaron asimismo los bienes cuantiosos de iglesias, regulares y seculares, en las que se celebraba una Liturgia que llegaba a competir con la de las iglesias matrices de las diócesis. Quedan las parroquias: *oficinas de acción y apostolado*, el número de sacerdotes a ellas asignados, de uno a cuatro, (en Osma son contadísimas las parroquias, que, fuera de las capitales diocesana y de provincia tienen coadjutor) apenas si bastan a levantar las cargas numerosas del servicio parroquial. Ocupa en ellas la Liturgia el lugar central, pero sólo en cuanto es función necesaria para la santificación de las almas: sacrificio y sacramentos: lo que llamamos Liturgia laudatoria queda reducida a su más mínima expresión. Y con todo, por ahí hay que empezar y de ahí es de esperar la restauración litúrgica: primero, porque la parroquia será siempre la célula necesaria del organismo cristiano-social, y luego, porque la Liturgia es en ella más sentida y más íntima para el pueblo, que puede fácilmente asociarse a ella, y no tiene el carácter hierático, de majestuosa lejanía, de los grandes centros litúrgicos. Con el espíritu de fraternidad cristiana desaparecieron los antiguos gremios: ellos daban vida

y relieve a los actos culturales de las localidades: cada uno de ellos tenía su altar, sus patronos, sus ejercicios litúrgicos, sus fiestas solemnes: el trabajo, los contratos, el socorro mútuo en enfermedades y muerte, todo se cobijaba a la sombra del templo, bajo la sobrenatural tutela de un santo, de la Virgen, de Jesús. Así, la Liturgia, al adaptarse a esas diversas articulaciones de la vida social, recibía y comunicaba a la vez los latidos de la vida religiosa, que se traducían en las manifestaciones de un culto rico y espléndido».

«La Misa parroquial ha perdido su antigua preponderancia. Tenía otro tiempo el carácter de acto litúrgico de la comunidad cristiana; era como el vínculo espiritual de todos los vecinos. Era hasta una necesidad social, humanamente hablando. (Todavía queda, gracias a Dios, en nuestros pueblos, hablo por lo menos del mío, la costumbre de reunirse ante la puerta del templo en los días festivos, antes y después de la Misa mayor, los hombres, para comunicarse sus impresiones a veces de toda la semana). Pero no es ya lo corriente, sino que se busca la Misa rezada o la más breve, dejando *la Mayor* por cualquier pretexto, y siempre por incomprensión de ese gran acto, que se abandonará por completo y con él el último reducto del viejo baluarte de la religión. Peor suerte le cupo aún al precepto de la comunión pascual. Desconsoladoras son las estadísticas en este punto. Desapareció asimismo no sólo la práctica, sino la noción de la penitencia pública, tan litúrgica, en cuanto es preceptiva, como la Misa y la Comunión: es función del culto externo y social. Con todo, mejor observante de su Ramadán es hoy el musulmán, que el cristiano de su Santa Cuaresma: el obrero mahometano, durante un mes, en medio de los más rudos trabajos, no come ni bebe de sol a sol: y si «durante el Ramadán, alguno está enfermo o de viaje, ayunará, dice el Corán, después un número igual de días.» Contádselo a nuestros cristianos.

«Así podríamos ir discurrendo sobre el grave quebranto que han sufrido las sagradas ceremonias en todos los actos de la vida cristiana: la secularización y profanidad de las fiestas de los patronos, la ausencia casi total del pueblo, si asiste a la Misa y sermón, de los demás actos de supererogación, procesión, vísperas, etc.; el ALARMANTE AUMENTO DE LOS QUE MUEREN SIN SACRAMENTOS, postrero y soberano recurso de la Liturgia en la vida cristiana: todo es demostración de la escasa densidad de vida cristiana, que se traduce en una verdadera crisis de la actuación litúrgico-social »

Y no sería tan profunda esta crisis, si lo que aún queda de la Liturgia conservara todo el valor de pensamiento y de emoción en las almas; pero la crisis alcanza a los espíritus, a la comprensión misma del sentido litúrgico. Oigamos otra vez al Excelentísimo. Sr. Gomá: «Hablando de la ignorancia del año litúrgico en que el pueblo vive, decía Godofredo Kurth en la Semana Litúrgica de Maredsous: Cuando quiero

figurarme el estado de la mayor parte de los espíritus con respecto a las fiestas de la Iglesia, imagínome un mundano, un hombre de salón o de teatro, trasladado súbitamente al campo en una noche estrellada. Preguntadle el nombre de los grandes planetas, de las principales estrellas suspendidas en el formidable infinito: quizá podrá señalaros la estrella polar, y aun qué sé yo... Tal es en realidad la ignorancia de los fieles de hoy en lo tocante al cielo admirable del año litúrgico.—Háganse a los fieles en su mayor parte estas o parecidas preguntas: ¿Qué es el Adviento y qué la Santa Cuaresma? ¿Porqué el culto de los Santos? Letanías, estaciones, velaciones, témporas: ¿qué significan en el año litúrgico? Un interrogatorio sobre las principales fiestas y misterios de Jesucristo, la Santísima Virgen, etc., nos daría respuestas peregrinas (1). General y profunda es la ignorancia del simbolismo mismo del material litúrgico, ritos y ceremonias de nuestro culto. Esta gran lección intuitiva de la religión: este estupendo libro popular, en el que el pueblo aprendió, no por letras, sino por cosas, la historia sagrada, el dogma, la moral, las relaciones entre Dios y el hombre, es ya un enigma para la mayoría de los fieles. ¿Quién sabe lo que es un altar? Ornamentos, vasos sagrados, jerarquía, libros, utensilios litúrgicos de toda suerte, no tienen hoy valor alguno de religión, porque el pueblo no alcanza ni su realidad ni su sentido simbólico. Igual acaece con las funciones litúrgicas. Nadie se interesa por el rezo de las horas canónicas, porque se ignora la constitución *representativa*, y la función *oficial* y *sustitutiva*, hasta cierto punto, de las funciones corales. El Breviario tiene un valor público que se desconoce: ¿qué fiel piensa en la participación espiritual que tiene en el rezo litúrgico del sacerdote, de su pastor? (2). ¡Cuántas veces, ante la reja de los coros de nuestras Catedrales, se agolpan grupos de curiosos que *miran* lo que en el interior pasa, como una rara escena a la que ningún vínculo les une! Es profunda y general la ignorancia de la Misa: se tienen, ciertamente las nociones teológicas fundamentales del estupendo sacrificio cristiano; pero ¿quién conoce el proceso histórico-litúrgico de nuestro acto sacrificial, su sentido social, el simbolismo histórico, teológico y místico de los utensilios sagrados y de las ceremonias, hoy simplificadoras, de nuestra Misa ordinaria? A veces nos pasmamos, nos indignamos, cuando al paso del Santo Viático o del Santísimo, transeuntes o espectadores apenas se dignan hacer ademán de descubrirse: quizás haya más ignorancia que impiedad en la irreverencia. ¡Quién sabe si, en cambio, esos mismos hombres se descubrirán al paso de una imagen de Jesús o de un Santo!»

(1) Siendo yo seminarista, el Profesor don Gregorio Monge, q. g. h. nos puso cátedra de *¿Liturgia Catequística?* os sábados por la tarde, porque un alumno del tercer curso de Latín no supo la significación de la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen, y no supo decir más que era la fiesta de «candelas.»

(2) Los RR. PP. Benedictinos de Buenos Aires (República Argentina) estaban terminando en noviembre de 1934 la publicación del Breviario Romano traducido al castellano para uso de los fieles. En la iglesia del Santísimo Sacramento de dicha ciudad vimos tomar parte al pueblo, no solamente en la Santa Misa, sino también en el Oficio Divino con los Padres Sacramentinos, que tienen a cargo dicho templo.

Y hay más todavía. «Nos referimos, con el mismo Dr. Gomá, a los abusos en lo que a la misma Liturgia atañe. Estupenda es la legislación litúrgica, obra secular de sabiduría, piedad, arte, conocimiento de la verdad divina y de la psicología humana. Pero son hombres los que ejercen la Liturgia, los que erigen los templos, cantan las divinas alabanzas, producen las obras del arte litúrgico, interpretan las leyes que al culto se refieren en el sacrificio, sacramentos, honras fúnebres, etc., y en cosa tan compleja, tan sensible, que se roza tanto con las impuras realidades de la vida, que está condicionada por la costumbre, temperamento, cultura e interpretación de hombres y pueblos tan varios, era imposible que no entrara en algo la imperfección de todas las cosas humanas. Las líneas arquitectónicas de nuestros modernos templos son juguetonas y frívolas; afeminada su ornamentación, variadísima y profusa; con escayola, purpurinas y colores se forman motivos de decoración barata que evocan el recuerdo de lugares menos santos: vidriería, estatuaria, lienzos, orfebrería sagrada; todo es *bonito*, nada grave: tal vez se recree el sentido en su visión; pero el alma no descansa y no *siente* en ellos: nos parecen la traducción de ciertos libros de piedad falsa. La piedad, decencia y gravedad, que el Concilio de Trento (1) señala como las características de los templos, se ven hoy continuamente agraviadas; cuando abunda el dinero, por una acumulación indigesta de retablos, imágenes o cuadros, o, lo que es más frecuente, por ser pocos los recursos, con adornos de percales o cartón que no se consentirían en una casa particular. De la música cabe decir lo mismo que de las artes plásticas. ¡Qué lejos estamos del ideal acariciado por el gran Pío X en su reforma de la música y canto litúrgico! Sin hablar de las pequeñas parroquias, en las cuales la música no puede recibir tal nombre (2), aún en nuestras grandes iglesias la ejecución del canto gregoriano deja mucho que desear,» a pesar de los trabajos que algunos Cabildos españoles, ayudados de los RR. PP. Benedictinos, se impusieron en pasados años para resucitar no la materia sino el espíritu de nuestros monumentales y ricos libros corales. «Los excesos del *devocionismo* han dado también rudo golpe a la Liturgia. Refiere un autor contemporáneo de un párroco que le decía a su Obispo al partir para su nueva parroquia: «*Hay allí muchas devociones; tendré que trabajar mucho para restablecer la religión*». Podrá esta frase no encerrar una norma de apostolado, pero en su fina sátira, contiene buena dosis de observación de la psicología religiosa de nuestros días. Hay muchos libros de devoción que contienen pensamientos laudables, hasta piadosos, pero pensamientos humanos al fin, *alimento vacío*, como le llama un eximio liturgista, (3) porque no se inician en las oraciones de la Iglesia, por haberse apartado los fieles de los Oficios propiamente litúrgicos: aíslan, en vez de asociar. Y no

(4) Sess. XXV

(3) Dom Guéranger, O. S. B. *Année liturgique, Préface générale.*

(2) No hace muchos días comentábamos los Profesores del Seminario la manera, verdaderamente irreverente y escandalosa, de cantar los *Responsos de Difuntos* en una de las principales parroquias de la Diócesis.

sólo en la *forma* de orar está la desviación de la piedad, sino en su mismo objeto. Almas hay que no habrán entrado jamás en el sentido cristiano de la Misa, pero que, durante ella, recorrerán toda la galería de sus Santos, de quienes solicitarán las gracias más peregrinas; o creerán no haber cumplido sus deberes religiosos si no han visitado a sus imágenes favoritas, olvidándose quizás de una visita al Santísimo: cristianos de piedad pueril y mecanicista, que llevan diariamente una carga exorbitante de *Padre nuestros*, sin que gusten jamás la ambrosía, dulce a la vez que fuerte, del *Padre-Nuestro*... El *devocionismo* ha hecho estragos hasta en el régimen cultural de muchas iglesias: se ha dado en ellas preponderancia abusiva a las devociones utilitarias, ya en el sentido *parroquial* o de fábrica, en cuanto siendo *especialidad* de una iglesia produce pingües emolumentos; ya en sentido *personal*, fomentando aquellas devociones que un egoísmo semisupersticioso, o la corriente de la moda *devocionista*, han señalado como infalible recurso para el socorro de ciertas necesidades o el logro de fines de dudosa ley... Para dar mayor *carácter* a la «brillantez» de la ceremonia, júntese a veces al relampagueo irisado de la luz, que rebota y se quiebra en femeninos aderezos, y al aire embalsamado, más que de incienso de esencias, la «humana elocuencia» de «predicadores de cartel» que, como decía el profesor Sachetti comentando la Encíclica de Benedicto XV sobre Predicación Sagrada, cuentan el número de sus *tournées* oratorias en Catedrales y fiestas famosas como reclamo de su vanidad y de futuros ingresos... Y mientras este *devocionismo* apócrifo, parasitario, entretiene y desnaturaliza el sentimiento religioso de las multitudes, pasa la Liturgia, de principio a fin de año, pletórica de pensamiento y de amor, henchida de promesas, acompañada de Jesús, que «*pasa aún por la tierra haciendo el bien*», (1) pero ignorada del pueblo, que ya no sabe entrar en su espíritu, ni aprovechar la abundancia de vida que ofrece». (2)

(1) Act., X, 38

(2) Dr. Co.r.á,
pág. 506.

Dos palabras sobre la *crisis de los ritos*. Aunque estamos convencidos de la verdad de este hecho y lo fustigaríamos con durísimas palabras, vamos a continuar usando las palabras del eximio Prelado de Toledo: «Con los respetos y excepciones debidas, hemos de decir que la actuación ministerial en los ritos no consueña con el espíritu, ni con la significación de los mismos. Todo rito tiene su parte espiritual y su elemento corpóreo o visible. Objetos, palabras y actos son como la revelación externa del espíritu del acto litúrgico, es decir, del pensar y del sentir de la Iglesia en cada una de las funciones litúrgicas. Dejando lo relativo a los objetos o cosas litúrgicas, las *palabras* y *actos* exigen una intervención personalísima del ministro u hombre litúrgico. Con la palabra y con el gesto, en sus formas variadísimas, debe ser el intérprete del elemento espiritual de las ceremonias. Identificado en espíritu con el espíritu de la Iglesia, en cuyo nombre ejerce las sagradas funcio-

nes, debe vaciarlo en las inflexiones de su voz y en el ritmo de los movimientos de su cuerpo para que en cuanto sea dable, traduzca el pueblo, por esta elocución oral y mímica, toda la fuerza de la parte interna del rito. El cuerpo del sacerdote debe ser el *resonador de su alma*, como ésta, en las funciones litúrgicas debe vibrar según el espíritu de la Iglesia. La ley litúrgica o ritual es minuciosa en lo que atañe a la regulación del elemento externo del rito: genuflexiones, inclinaciones, ósculos, movimientos de ojos, manos, brazos, formación de cruces, tono o altura de la voz, posición y situación del cuerpo, etc.; todo debe obedecer a un protocolo detalladísimo. Diríase que, como la Iglesia ha insuflado unidad de espíritu al mismo rito, donde quiera que se reproduzca, así ha sujetado al mismo molde a todos los litúrgos, para que en todas partes se proyecte el rito según un mismo valor. Pero lo que da al rito su valor litúrgico, es decir, sacerdotal, no es tanto la adaptación del cuerpo a las exigencias de la rúbrica como esa fuerza de asimilación con que el organismo encarna y manifiesta los estados del espíritu, cuando ambos se compenetran. «*El cuerpo humano es una llama*», ha dicho alguien: el alma la aviva y la agita, a condición de que ambos vibren al unísono. No sería difícil ofrecer un cuadro pintoresco de la ejecución externa de los ritos: rutina, corruptela, desaliño, ligereza, y, en el fondo del alma, falta de convicción y de sentido litúrgico y estético, son los grandes enemigos del rito. No debemos dar a la parte somática de las ceremonias más importancia de la que tiene: pero el culto católico, en su parte externa, es una representación escénica de valor estupendo: los personajes que en ella se mueven, en sus actitudes graves, santas, artísticas sin afectación, deben ser como el órgano vivo que traduzca el sentido íntimo de la Liturgia e interprete el elemento material, pero mudo, de la escena». (1).

(1) Id., página citada.

CAUSAS DE LA CRISIS LITURGICA

ESTE es el hecho, Excmo. y Rvdmo. Sr.; el triste y lamentable hecho de la crisis de la Sagrada Liturgia. Las causas del hecho son múltiples y variadas, y aunque no sea más que someramente he de indicarlas para que cada cual en la medida de nuestras escasas o numerosas fuerzas pongamos remedio a esos obstáculos de la vida cristiana. Ya el Excmo. Sr. Ragonesi, en el Congreso Litúrgico de Montserrat las señalaba lamentándose de algunos de los hechos que ya hemos expuesto, que a la vez son causa y efecto de la crisis litúrgica. «Hay causas, decía, (2) que desvirtúan el poder de formación cristiana que la experiencia de largos siglos ha demostrado poseer nuestra Liturgia católica. El movimiento moderno no lleva ya, por desgracia, a las multitudes al templo de Dios. Debilitóse la fe de una manera alarmante en nuestros días, y la piedad legítimamente cristiana sufre lamentable eclipse. Desiertos nuestros templos en la mayor parte de las funciones litúrgicas, sin contacto

(2) Puede verse el discurso íntegro del Excelentísimo señor Ragonesi al principio de la obra del Dr. Gomá

con este molde en que se acuñaron las pasadas generaciones cristianas, ¿cómo podrá la Liturgia ejercer sobre el pueblo su acción bienhechora y profunda? Al triste hecho de la paulatina deserción de nuestros templos podríamos señalarle causas numerosas. De todas ellas la más fundamental es la carencia de convicciones religiosas en buena parte de nuestro pueblo, originadas por las lecturas malsanas, por los ejemplos de irreligiosidad que cunden cada día más, hasta en las clases elevadas; por la frivolidad general, que aleja la corriente de las ideas de la severidad del pensamiento cristiano; por la misma forma del trabajo moderno que, al encerrarlo en el encuadramiento mecánico de nuestras fábricas, materializa el espíritu y le corta las alas para que se remonte a las puras regiones de la idealidad religiosa. Añádese a este grave mal otro mayor, que es la educación laica. La Liturgia, como se ha dicho muy bien, es el mayor obstáculo a la laicización de los pueblos. Por un fenómeno análogo, aunque inverso, el laicismo es el gran enemigo de la Liturgia. Es la exclusión de Dios del pensamiento, del corazón, de la vida del hombre. Cuando la Liturgia, voz de Dios, impregnada del sentido de Dios, llama a ciertas almas, forjadas según el espíritu laicista, halla una resistencia tenaz: es la resistencia del prejuicio, cuyo valor en la educación del hombre no ignoran los pedagogos. Los espectáculos son otro enemigo. Los pueblos modernos son sensuales y frívolos, más que en otros tiempos, en que tenía gran valor el contrapeso de la fe: son refinados, más que los antiguos, por los mismos adelantos de una civilización que se ha infiltrado hasta en las más humildes capas sociales. Y ya no satisfacen a las multitudes las fiestas religiosas severas y sencillas: la sollicitación del sentido y los atractivos de los modernos espectáculos los alejan del templo. La Liturgia que, aun considerada como elemento dramático, era de gran fuerza educadora, ya no ejerce influencia alguna sobre unas masas que no se interesan por ella. Pero concretemos algunas causas. La primera de todas es la ignorancia. Ha dicho un Santo Padre que *«la ignorancia de las Escrituras importa la ignorancia del mismo Cristo.»* Podríamos aplicar esta gravísima sentencia a la Sagrada Liturgia. Ella está llena de Dios, de su Cristo, de su gracia, de su ley, de su doctrina: ella es el medio más universal, porque es el de aplicación más necesaria y de manifestación más sencilla, para hacer vivir a Dios dentro del alma cristiana, para dar al vasto sistema religioso todo el relieve subjetivo necesario para mover el espíritu en la dirección de Dios; es decir, para conformar las almas según Dios, fin de la educación cristiana. *Ignoti nulla cupido*: no tiene valor de vida aquello que carece de valor de idea. Para quien ignora el sentido de una ceremonia, es como si ésta no lo tuviera. De aquí la rutina, que es la polilla de los actos humanos, porque los ataca en sus mismos constitutivos, que son el conocimiento y la voluntad deliberada. Una función es más educadora cuando se desempeña de un modo más *concienzudo*, es decir, cuando idea, voluntad



v sentimiento se hacen solidarios en la realización del hecho. ¡Cuánto valdría, en orden a nuestra formación cristiana, la sola señal de la Cruz; trazada con frecuencia sobre nuestro cuerpo, si cada vez nos penetráramos de la plenitud del sentido que encierran estas palabras, sobre las que resbalan rápidamente, atropelladamente, nuestro pensar, nuestra lengua, nuestra misma acción: ¡*Por la señal de la Santa Cruz!* Pero el más funesto obstáculo a la acción educadora de la Liturgia, es *la inadaptación a los preceptos que deben regular el desarrollo de la vida litúrgica*, sean de orden ritual o estético, en los lugares, en las funciones, en los mismos ministros que ejercen la Liturgia.»

A siete reduce el sapientísimo Sr. Gomá las principales causas de la crisis litúrgica que padecemos, deducidas de las anteriores palabras y que él va desglosando con su característica elocuencia: el indiferentismo y la ignorancia religiosos, las costumbres modernas, el industrialismo, (no la industria que engrandece a los pueblos, sino el industrialismo, que los arranca del templo,) la vida moderna, el laicismo y la impiedad, y aun la misma superstición, que no es otra cosa que la desviación de la verdad e infracción de la justicia en la práctica de la religión; un pecado opuesto a la religión por exceso, como dice Santo Tomás. Y puntualizando más en la cuestión añade nuevas causas que, por haber tocado siquiera de soslayo anteriormente, no voy a hacer más que enumerar: la incomprensión del ministerio litúrgico, el particularismo en el culto, los libros de piedad (mal entendida), la pobreza de nuestro culto, el arte moderno, el diletantismo litúrgico, la rutina ritual, el dramatismo antilitúrgico, el mal gusto y el desaseo de nuestros templos. ¡Cuánta materia de meditación habría de darnos un ligero comentario sobre cada uno de estos puntos! Pero vamos a entrar de lleno en la demostración directa del valor educativo de la Liturgia católica.

BREVES NOCIONES DE LITURGIA

LITURGIA ES EL CULTO DE LA IGLESIA. La voz Liturgia es vocablo griego, compuesto, a lo que se cree comúnmente, de *leitón*=público, *ergón*=trabajo, servicio. Significa, pues, el desempeño de un cargo, de un oficio, de un servicio de carácter público, aunque sea profano. Pero en este caso se trata de un oficio y servicio religiosos. La Iglesia Católica, ya desde sus primeros tiempos, empleó esta palabra en el lenguaje del culto para significar especialmente el «*rito que se observa en la oblación del Santo Sacrificio de la Misa, centro del culto divino*»; (1) pero no tardó en dar significado más amplio a la palabra, aplicándola a todo el culto eclesiástico en general, a todos los actos oficiales del divino servicio, precisándose actualmente la palabra Liturgia a *la expresión del culto público de la Iglesia*, y así la define el eximio liturgista R. P. Don Agustín Rojo, Benedictino de Silos: «*el con-*

(1) Card. Bo-
na, *Rerum Li-
thurgicar.*, libro
cap. III.

junto de acciones, de palabras y de cosas con que, según las disposiciones de la Iglesia Católica, se da culto público a Dios» (1). Y como la Iglesia no es un individuo, sino una sociedad perfecta, externa y organizada, con Cristo por Cabeza y los cristianos por místicos miembros, síguese que la Liturgia, el culto propiamente eclesiástico, es: *colectivo, social*, de una sociedad, no de un individuo: *jerárquico*, de una sociedad organizada, no anárquica: *externo*, culto para hombres, no para espíritus puros; y *oficial*, dirigido por la autoridad constituida por Cristo. No es, pues, la Liturgia, como muchos creen todavía, un indigesto conglomerado de ritos, de fórmulas, ceremonias, cantos, etc., sino el *culto mismo, la Misa misma, los Sacramentos mismos*, celebrados y aplicados a las almas, *el Oficio Divino mismo*, que no es sino su oración pública y oficial. No es la cáscara del culto, como dice otro eximio liturgista benedictino, (2) sino que es todo el culto con sus elementos sustanciales y accidentales, pero todos ellos importantes para los múltiples fines que persigue.»

(1) P. Rojo.
pág. 11.

(2) P. Prado
pág. 28.

«De ahí la triple división de la Liturgia en *sacrificial, sacramental* y *epenética* o *laudatoria*, ocupando el puesto de honor la sacrificial, toda vez que el sacrificio, en cualquiera religión, es considerado como el acto principal de la religión, el centro y quicio de todo el culto religioso, el acto de adoración y de alabanza por antonomasia, y, por lo tanto, el que promueve por sí mismo la gloria del Creador; pero unida esta Liturgia sacrificial con íntimo lazo a la sacramental, ya que todo Sacramento tiene cierta conexión con el sacrificio, pues durante la Misa se confiere o se prepara su materia; y unida también a la epenética o laudatoria, o de la divina alabanza, que debe concebirse como cierto eco del sacrificio, como una atmósfera de fragancias y armonías que envuelve por doquiera al Sacrificio de la Iglesia. De esta triple fuente brotan ríos de bendiciones que riegan y fertilizan la tierra y pueblan al mismo cielo. De esta triple fuente se ha dicho: «*El sacrificio de alabanza me honrará; y ese es el camino mediante el cual le mostraré al hombre la salvación que proviene de Dios*» (3).

(3) Psalm.
XLIX, 23.

«Es la Liturgia el culto que rinde a Dios la Iglesia Católica; es para los fieles el ejercicio de la virtud de la religión, según las normas que la misma Iglesia establece, desempeñando las públicas funciones ministros sagrados, es decir, personas constituidas en dignidad y oficialmente investidas de tan elevado cargo por la autoridad competente. Es la Liturgia la vida misma de la Iglesia, vida que emana del seno de la Divinidad, y por la mediación de Jesucristo infundida en la Iglesia, y circula en todo su organismo, reanimándolo, y brota luego hasta la misma altura de su divino manantial en forma de adoración, acción de gracias y alabanza; *fons aquae salientis in vitam aeternam*.» (4). Ahora bien: como quiera que la Iglesia es una sociedad religiosa fundada por Jesucristo, por lo mismo es una sociedad cultural. Fundóla su divino Autor, dán-

(4) Joann.,
IV, 14.

dole lo que es fundamental en toda sociedad religiosa, o sea: *verdades* a creer, *preceptos* a observar y *ritos* de carácter externo y oficial, en los que se concretaran las relaciones espirituales entre Dios y los hombres. El conjunto de estos ritos, no sólo en lo que tienen de externo, (palabras, gestos, actitudes, símbolos,) sino lo que en ellos se encierra de verdad y de misterio, de santidad, de vida humana que sube a Dios, y de vida divina que baja a los hombres, es lo que constituye la Liturgia Católica» (1).

(1) Dr. Gomá, pág. 34 y siguientes.

(2) P. Rojo, pág. 13.

«La Liturgia, por voluntad de Dios y por la ordenación de la Iglesia, como dice el sabio y piadoso benedictino antes citado (2), no solamente es la vestidura sagrada, las ceremonias que acompañan a la celebración del Santo Sacrificio de la Misa y de la administración de Sacramentos, sino que la misma Misa y los Sacramentos forman parte de la Liturgia. La Liturgia es la voz de la Esposa, la Iglesia, que sube de la tierra al cielo, siempre dulce y suave a los oídos del Esposo Jesucristo; es la *alabanza perenne* que la Iglesia Católica ofrece a Dios día y noche sucesivamente desde todas las partes del mundo por medio del Oficio Divino; es, en fin, el conjunto de plegarias y lecturas, cánticos, ceremonias y ritos sagrados, por medio de los cuales el cristiano tributa al Señor con todo su ser, cuerpo y alma, un culto digno y perfecto, cuanto es posible en la tierra, y le adora «*en espíritu y en verdad*», como Él quiere ser adorado», no en Sión, ni en Garizím, en Jerusalén o en Samaría, sino «*a solis ortu usque ad occasum*» de uno a otro confín de la tierra. (3).

(3) Psalm. CXII, 3.

«Lastimosamente han confundido y confunden algunos, por desconocimiento de la amplitud y excelencia de la Liturgia, ésta con las Rúbricas, que no son otra cosa que «*el conjunto de prescripciones minuciosas, relativas al cumplimiento material de las ceremonias del culto católico*». Es cierto que las Rúbricas tienen, sin duda alguna, íntima relación con la Liturgia, como que forman parte de ella; mas no por eso han de confundirse con la Liturgia misma. Las Rúbricas son como *las reglas de la etiqueta divina*, prefijadas por la Iglesia en el desempeño del culto público; pero muy superior es la Liturgia y mucho más elevada su dignidad, distando y diferenciándose tanto de ellas cuanto distan y se diferencian superándolo los regios homenajes tributados al Soberano al ceremonial que se guarda en su corte. *Etiqueta del Palacio de Dios*, llama el R. P. Prado a las ceremonias, y reglas de la misma a las Rúbricas (4).

(4) Obra citada, pág. 50.

GRANDEZAS DE LA LITURGIA

«**L**A Liturgia, expresión pública del culto cristiano, es el medio sobrenatural que facilitó el Hijo de Dios a la humanidad redimida para comunicarse, como pueblo teocrático, con Dios, Señor y fin sobrenatural del hombre; es la forma pública y oficial de tratar con Dios, para

adorarle, alabarle, agradecerle, suplicarle, y al mismo tiempo para recibir de Él beneficios, gracias, perdón y virtudes. Y el mismo Jesucristo, Fundador de la sociedad cristiana y del culto sobrenatural que ésta rinde a Dios, no se queda al margen de la Liturgia católica, sino que se compenetra con ella, hasta el punto de que la Liturgia pueda llamarse *el comercio de la Iglesia con Dios en Cristo* (1). Jesucristo es el *Sumo y divino «Liturgo» de la sociedad cristiana* (2), el *Sacerdote eterno del Nuevo Testamento* (3), *Sumo Pastor y Obispo de las almas* (4), es su representante ante Dios; pero es al propio tiempo su *Cabeza*, (5) y la vida religiosa de la humanidad es la misma vida de Cristo: *Christus vixit vestra*, (6). Y como si no fuera esto bastante, ha querido que «por Él, con Él y en Él» se dé a Dios «*todo honor y toda gloria*» (7). Cristo, Sacerdote en la tierra, donde su *vida entera fué*, como dice Dionisio el Cartujano, *una continua Misa y celebración*, ejerció su sacerdocio al entrar en el mundo y decir al Padre: *Aquí estoy; envíame*; ofreciéndose como víctima por la salvación del humano linaje; pero su acto eminentemente sacerdotal fué el de la Cena postrera con sus Apóstoles, entregándose, *porque así lo quiso* (8), para ser inmolado, cruentamente en la Cruz, e incruentamente en la Sagrada Eucaristía, dándose en comida y bebida. Mas, subiendo a los cielos, no por eso perdió, ni pudo perder jamás esa *potestad ministerial de excelencia* aun en los mismos Sacramentos, de los que es Fundador; antes, por su virtud, siguen *obrando infaliblemente*, y otro tanto podemos decir de la Oración litúrgica, que adquiere en Él y por Él una virtud y eficacia que por sí no tendría, y por eso es *Sacerdote Eterno*, que *vive siempre para interpelar por nosotros*, (9), *compareciendo por nosotros ante la cara de Dios* (10), *a manera de Cordero inmolado*» (11).

Admiremos las grandezas de nuestra Liturgia en su triple aspecto: es expresión del culto público de la Iglesia; es vehículo de la vida divina a los hombres y de la vida cristiana a Dios; es, en fin, atadura de la Santa Iglesia con Dios por la incorporación de aquella al Sacerdocio y a la vida divina de Jesucristo».

«Aún podríamos agrandar la visión de la sagrada Liturgia, con el Excmo. Sr. Gomá, que toma sus ideas en este punto del benedictino Dom Gréa, (12) comparándola con el universal *servicio de Dios*, que rinde a su divina Majestad toda criatura. De hecho, la creación entera se asocia a nuestra Liturgia, para completar e intensificar el servicio que la humanidad redimida presta a la Majestad soberana del Señor. Porque el hombre, puesto en contacto con el mundo, en el ánsia que siente de Dios, no solo le rinde el tributo personal de cuerpo y alma y sociedad, sino que elige de la creación, y los consagra a Dios todos los elementos materiales que puedan ayudarle en su culto. Los astros señalan las vicisitudes del Ciclo litúrgico; acótase en la tierra el área de los templos; agua y fuego, luz y sonidos, aromas y cantos, metales preciosos, cons-

(1) P. Rojo. pág. 16.

(2) Hebreor., VIII, 1-2-6: V, 1 et. seq.: IX, 21 et seq.

(3) Hebreor V, 6.

(4) I Petr., II 25.

(5) Ephes., I. 22.

(6) Coloss., III, 4.

(7) Cánón de la Misa.

(8) Isai., LVI. 7.

(9) Hebreor., VII, 25.

(10) Hebreor., IX, 24.

(11) Apocal., V. 6.

(12) Don Gréa, *La Sainte Liturg.*

trucciones espléndidas, arte selectísimo, todo se espiritualiza y se incorpora a la Iglesia para que vibrando todo según el ritmo de la vida de Cristo, por cuya Redención se renovó toda la creación, según canta la Iglesia, «*terra, pontus, astra, mundus, —quo lavantur flumine*» (1) resulte una liturgia universal, llena, santísima, en la que el hombre, obedeciendo a las profundas exigencias del sentimiento religioso, asocia a todo el mundo a sí, y en concordia sobrenatural con el mismo Hijo de Dios, paga al Ser Absoluto, a Dios, Padre y fin de todo, la deuda de su adoración y de su amor. Y no bastándole todavía tanta grandeza a nuestra Liturgia de la tierra, se asocia, cuanto le es dable, a la Liturgia de los cielos, que se celebra ante el Altar del Cordero, que es el mismo Verbo de Dios humano en su esdado glorioso, para cantar a la Trinidad augusta, en unión de los ángeles y bienaventurados el eterno *Sanctus, Sanctus, Sanctus...* que oyera cantar a las jerarquías celestiales el inspirado Isafas en magnífico Trisagio. (2). Allá tiene puesta su vista y sus deseos la Iglesia militante; allá tienden sus generaciones que se entran en su seno, deseando juntarse para siempre con sus hermanos más felices de la Iglesia triunfante; y mientras el pueblo cristiano ejecuta el «*servicio de Dios*» en la tierra, dispónese convenientemente para celebrar la Liturgia del cielo, donde «*por los siglos de los siglos*» alabará y glorificará al Señor, hallando también definitivo descanso esa tendencia que lleva al hombre a la posesión perfecta de su Dios».

CAMPO, FINES Y FRUTOS DE LA LITURGIA

«**A**MBITOS dilatadísimos los de la Liturgia católica: abarca todas las sagradas acciones por medio de las cuales la Iglesia católica rinde a Dios el culto que le es debido: además de alabar y ensalzar al Señor, además de ofrecerle el augusto Sacrificio del altar, santifica las almas, consagra las personas y las cosas y derrama la santidad hasta en las criaturas inanimadas. Extiéndese, pues, el campo de la Liturgia, contra la opinión de algunos que quieren excluir del mismo los actos inmutables instituidos por el Salvador de las almas, tanto a los actos del culto público de institución eclesiástica, como a los de institución divina, como la Misa y los Sacramentos; puesto que siendo la Iglesia continuadora de la misión sacerdotal de Jesucristo, «es evidente que ejerce Ella su sacerdocio, no solamente cuando organiza la celebración del Sacrificio y administra los Sacramentos, mas también y sobre todo cuando celebra de hecho el Sacrificio y administra los Sacramentos, o sea cuando practica esos mismos actos que Jesucristo practicó. Importa poco que el culto haya sido instituido por Jesucristo o por la Iglesia; todo está en que el culto sea el desenvolvimiento del poder sacerdotal que reside en Jesucristo, y que por Jesucristo fué transmitido a la Iglesia» (3).

«No cabe la menor duda: la Liturgia abarca todos los actos públicos del culto divino ordenados por la Iglesia: el Santo Sacrificio de la

(1) Off. Tem. Passión., hymn. Laud.

(2) Isal., VI 3.

(3) Don Caronti, O. S. B. *Il Sacrificio Cristiano.*

Misa, la administración de los Sacramentos, el rezo de los divinos Oficios, las bendiciones y consagraciones de personas y cosas, los exorcismos, los ritos y las ceremonias todas del culto. Un autor contemporáneo, (1) refiriéndose a la extensión de la Liturgia, ha escrito estas palabras: «Por Liturgia entendemos, no sólo las ceremonias exteriores del culto católico, como alguien podría quizá equivocadamente creerlo, sino el conjunto de fórmulas y de ritos que constituyen el servicio divino oficialmente establecido por la Iglesia. En la Liturgia así entendida, la Iglesia ha hecho entrar sapientísimamente todo lo que es necesario a la vida sobrenatural del cristiano: *la predicación*, por las Homilias o sermones: *la dirección espiritual, pública*, por las instrucciones oficiales; *privada*, por el Sacramento de la Penitencia, en que el Sacerdote da al alma los avisos y consejos que necesita: *las lecturas piadosas*, por las vidas de los Santos y otras Lecciones del Oficio; y hasta (porque sería error considerar la Liturgia como una oración meramente vocal) *la meditación y la oración*, que se hallan en la Misa (el *Flectamus genua*, que a veces dice el Diácono, es una invitación a prosternarse para meditar y orar) y en el Oficio divino (todos los *Pater noster* en voz baja, son originariamente un tiempo destinado a la meditación.)»

(1) Dom Moreau, O. S. B.

Y con estas ligeras nociones de Liturgia, quedan ya expresadas el objeto, fines, ministros y frutos de la Liturgia. «Objeto primario de ella al que se dirige todo el culto litúrgico, es Dios, no al modo solamente unitario, judaico o musulmán, sino al modo cristiano, unitario y trinitario a la vez. Es, por lo mismo, la Santísima Trinidad, DIOS UNO Y TRINO: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, «*sin confundir las Personas ni separar la substancia*» (2) según el Símbolo Atanasiano. *Tribus honor unus*, repetimos constantemente en los himnos del Oficio. Objeto secundario de la Liturgia son aquellas personas santas en que se ve relucir la bondad y excelencia divinas, en ellas reflejadas, o bien su poder, como son los Santos. Todavía más secundario objeto son las reliquias e imágenes del Señor y de los Santos, honradas por su relación con las personas. Y también, en algún grado, objeto de la misma son los cristianos, máxime los constituidos en los grados de la jerarquía eclesiástica, por su acercamiento a Dios; y así se les incienso y se les tributan otras muestras de respeto religioso y veneración, que es una especie de culto. Por eso el Concilio de Trento enseña, que «aun cuando la Iglesia acostumbra a celebrar Misas en honor y memoria de los Santos, inculca, sin embargo, que no se les ofrece a ellos el Sacrificio, sino sólo a Dios, que los coronó... Dando gracias a Dios por sus victorias, implora sus patrocínios, para que se dignen rogar por nosotros en los cielos, aquellos cuya memoria celebramos en la tierra». (3) Lleno está el Breviario y el Misal de esta doctrina: *Regem Martyrum Dominum, venite, adoremus: Venite, adoremus Regem regum, quia Ipse est corona Sanctorum omnium*, fórmulas todas que son expre-

(2) Symbol. Athanas.

(3) Sess. XXII, cap. 13.

sión clara y terminante del objeto primario y último término de todo culto netamente litúrgico.

Los fines de la Liturgia son dos: *primario*, honrar a Dios; *secundario*, aprovechar al hombre, *ad laudem et gloriam nominis sui, ad utilitatem quoque nostram totiusque Ecclesiae suae sanctae*, dice todos los días el ministro de la Misa, cuando el sacerdote le invita a que ruegue para que su sacrificio sea aceptado por el Omnipotente. Y dentro de estos dos fines genéricos se encuentran los otros cuatro: *latreúutico, eucarístico, propiciatorio e impetratorio* de toda la Liturgia: al fin primero y principal se ordenan directamente el Sacrificio y las divinas alabanzas: al segundo tienden los Sacramentos, ríos de santidad para el hombre, cuyo lógico remate será su glorificación cuando Dios sea todo en todos, mediante las gracias que fluyen desde el costado abierto de Jesús. Sacerdote Sumo en la tierra, Sacerdote Eterno en el cielo, Jesucristo constituyó heredera suya, Sacerdotisa, Ministro público de su Liturgia en la tierra, a la Iglesia Católica «*per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia*», ofreciendo el Sacrificio en miles de altares y en todas las latitudes, dispensando a los fieles las cosas sagradas, bendiciendo en nombre de Dios, orando para su gloria y para el provecho espiritual y temporal de sus hijos, y todo esto por medio de sus ministros visibles, en admirable y sublime jerarquía, que comenzando por el OBISPO de Roma, y descendiendo por los Obispos de todo el mundo, llega con sus Sacerdotes, Diáconos, Subdiáconos y ministros inferiores hasta los últimos fieles de las más apartadas cristiandades en los países civilizados y hasta la choza salvaje, donde el misionero católico abre las puertas del cielo a aquella alma ganada para Cristo y redimida con su Sangre preciosa, aplicada por su ministro, participante del Sacerdocio eterno del eterno Sacerdote.

No podemos menos de decir siquiera dos palabras sobre los sabrosos y abundantes frutos de la Liturgia católica: «árbol tan generoso, no podía menos, dice el P. Prado, de rendir muchos y regalados frutos en las almas, (1) plantado como está junto a la corriente de las aguas de Salvador. Prescindiendo de que es el vehículo ordinario de la gracia, encontramos dos frutos principales: *fruto doctrinal* o didáctico, alumbrando al entendimiento con las ideas más nobles, más sanas y más altas que el hombre puede apetecer; y *fruto moral*, perfeccionando y enderezando la virtud humana, siempre propensa al mal, facilitándole el árduo camino de la ascesis cristiana, y aun preparándola para los vuelos de la mística contemplación. Las Lecciones de Maitines, las Epístolas, los Evangelios, las Capítulos de las horas, que son a modo de breves lecciones, todo tiende a instruirnos en las verdades de la fe: sin contar que en todas las demás fórmulas litúrgicas se nos inculca alguna verdad dogmática o moral y aún histórica, sobre todo en las oraciones, que son a las veces como un esquema de *teología* vivida y sentida. Nuestro Santísimo Pa-

(1) Obra citada pag. 62.

dre el Papa PIO XI corrobora esta doctrina, al enumerar algunas de las razones que tuvo para instituir la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo Rey: «Para imbuir, dice, a los pueblos en las cosas de la fe y elevarlos a los gozes interiores de la vida, sirven mucho más las festividades de los sagrados Misterios que los documentos del magisterio eclesiástico, por solemnes que sean: a) porque éstos llegan de ordinario a unos cuantos instruidos; aquéllas impresionan y enseñan a todos los fieles; b) éstos hablan una vez; aquéllas, anual, perpetuamente: c) éstos llegan al espíritu; aquéllas al espíritu y al corazón, impresionando saludablemente al hombre entero (1). Y del fruto moral, desglosado en tres; moral propiamente dicho, ascético y místico, fundándonos en las palabras del Santo Papa PIO X de que «*la piedad cristiana tiene como fuente primaria e indispensable la Liturgia*», (2) la Liturgia vivida, que nos aproxima a Dios, y nos transforma en Él por amor y por imitación, suprema aspiración del cristianismo: *Vivir de Dios para Dios*, en frase de San Agustín, participar de su propia vida, «*ir formando en nosotros a Cristo*»; podemos decir que en los tres grados de la vida cristiana, incipientes, proficientes y perfectos, la Liturgia habla a unos y otros, infundiéndoles luz y valor para evitar el pecado, para luchar por la virtud, y para vivir unidos con Dios con estrecha e íntima unión de desposados. Por donde los grandes *unidos*, los colosos de la santidad, han acudido, cual ciervo sediento, a las fuentes sagradas de la Liturgia. Santa Teresa sentía la Liturgia, como que «por la menor ceremonia de la Iglesia se pondría a morir mil muertes». San Ignacio manda que los ejercitantes «asistan a Oficios divinos, que amen las ceremonias, si quieren sentir con la Iglesia», y San Vicente Ferrer, en sus continuas predicaciones por España, Francia e Italia, llevaba su capilla musical, que cantaba aquellas solemnes Misas de que era tan devoto y cuyos saludables efectos él palpaba en sus innumerables auditorios.

(1) Encíclica *Quas primas*.

(2) Su Santidad PIO XI en la exhortación al Clero de 4 de Agosto de 1908.

VIRTUD EDUCADORA DE LA LITURGIA

SOLAMENTE estas breves nociones de Liturgia prueban evidentemente la virtud educadora de la Sagrada Liturgia. Divina y celestial Pedagogía, que tiene por Educador y Pedagogo insuperable al Verbo de Dios, que «*se hizo Hombre*, en expresión de San Agustín, *para que el hombre se transformara en Dios*», al mismo Jesucristo, *Maestro* divino que es «*el camino, la verdad y la vida*», *luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, «Ella como su divino Fundador, continúa la labor educativa del hombre, tomándonos en la cuna y no dejándonos hasta la tumba; nos informa con la vida que brotó de su muerte; nos guía y conduce como por la mano por «*lecciones de cosas*» que tanto ponderan los modernos pedagogos: es la gran lección de la religión que poniendo como dogma fundamental el hecho de la Encarnación de Dios, lleva nuestro espíritu, por el sentido, a Dios: *Ut dum visibilter*

Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur». Divina y celestial Pedagogía, que poniendo ante los ojos de sus educandos a quienes podríamos llamar *la escuela de Jesucristo*, la santa Iglesia, el *Ideal de toda perfección*, el divino Modelo de toda perfección, Cristo, Jesús, *Ideal universal, in omni gente*, como decía San Pedro, porque *Dios no es aceptador de personas*; (1) *Ideal inmutable*, porque Jesucristo es *de ayer, de hoy y de siempre* (2); *Ideal concreto*, porque es un hombre vivo, *Hijo de Dios vivo*; *Ideal sobrenatural*, pues, como El mismo nos dice «bajó del cielo» y Dios *nos lo envió*, como dice San Juan, *para que vivamos por El*; pone también ante nuestros ojos los ejemplares perfectos en quienes se reproduce el Ideal, los Santos, que son los más aventajados de los educandos de Dios, y haciéndolos desfilar delante de nosotros durante el año litúrgico, hace que cada uno de ellos sea un resonador de la vida de nuestro Ideal-Jesús que reproduce, y aun intensifica, en su sentido humano, los sonidos que arrancó Jesús a la lira divina de su vida (3). Por ellos nos habla Cristo: miembros de su cuerpo y vida de su vida, por ellos obra Cristo. Su voz y su gesto, su carácter, luchas y triunfos, más «humanos», en cierto sentido, que los de Cristo, los hacen, por este hecho, más imitables. Son ellos, en sus diversos órdenes y en número incontable, el iris espléndido en que se descompone y simplifica la luz sintética de Cristo. Así los miramos con holgura y deleite; e imitándolos, con los elementos mismos que la Liturgia nos ofrece, imitamos a través de ellos al Tipo divino que es la causa ejemplar y última de su perfección y de la nuestra. Pedagogía de nuestra religión divina que atiende a la formación, no sólo del *hombre honrado* de la moderna Pedagogía, del *hombre de bien*, del *ciudadano útil*, del *patriota abnegado*, sino del «*hombre celeste*» de que nos habla el Apóstol; (4) tipo de selección divina, como decía el Excmo. Sr. Ragonesi, flor de perfección sobrehumana, que no pueden producir las Pedagogías al uso; pero que auxiliares de la religión, no debieran jamás desviarse al ser humano de la ruta de la perfección sobrenatural, antes, por el contrario, toda Pedagogía humana debiera ser subordinada y coadjutora de la Pedagogía divina. Y vamos a aducir las mismas pruebas que el representante del Sumo Pontífice adujera en solemne ocasión para probar la virtud educadora de la Sagrada Liturgia.

«Educación no es solo instrucción. El concepto de educación es más amplio y profundo. La educación es la elevación integral de la vida humana, de todo el ser humano. Un hombre *educado*, en la acepción pedagógica de la palabra, y en la hipótesis de la verdadera pedagogía, es un hombre perfecto. Un hombre *instruido*, hasta un hombre sabio. —lo dice la experiencia de todos los días, — puede ser un ruín o un malvado».

«La Liturgia es culto. Y culto divino y educación cristiana, son términos correlativos; siguen ambos una misma progresión: si se enaltece el culto, se eleva el hombre; la regresión del culto divino es el descenso

(1) Act., X, 34-36.

(2) Joann., XI, 27.

(3) Dr. Gomá, obra cit. pág. 77.

(4) I Corinth., XV, 47.

del espíritu humano; cuanto el hombre más glorifica a Dios, más se enaltece y glorifica a sí; cuanto más se perfecciona, tanto mayor gloria tributa al Altísimo».

«Arte y culto se conjugan maravillosamente en el templo cristiano para cautivar toda la vida humana y levantarla a las alturas de Dios. Las elegantes líneas arquitectónicas, las hermosas estatuas y pinturas; los cantos, con sus notas inspiradas; los himnos, con su celestial poesía; los sermones, con su conmovedora elocuencia; las ceremonias, con sus pompas y esplendores, hacen de los templos católicos escuelas cristianamente educadoras de la inteligencia, de la voluntad, del corazón, de todas las facultades humanas. Yace en la conciencia popular recóndita simpatía para todo lo bueno, verdadero y bello; palpita, en el fondo de los corazones, indefnida aspiración a lo invisible, a lo inmortal, a lo infinito; bulle irresistible anhelo por su felicidad, aunque ignore su objeto; siente nostalgias de un ideal a cuya imitación aspira. Ofrecerle este ideal, luminoso, espléndido, elevado, pero asequible; despertar y dar expansión a estos deseos y sentimientos naturales; tal es el primer efecto que la Sagrada Liturgia produce, mediante la magnificencia de sus ritos y el concierto de sus cantos y plegarias. Es que la virtud educadora de la Liturgia no se pára a las puertas del alma, sino que penetra en todas sus facultades y a todas lleva, para su cristiano desarrollo, su fuerza suave y enérgica, como que es fuerza que arranca de la misma entraña de las cosas divinas.»



LA LITURGIA Y LA EDUCACION CRISTIANA DE LA INTELIGENCIA

«**E**N la vasta complejidad del culto católico hay todos los elementos que la metodología científica emplea para la formación de las inteligencias. Ella, es ancho campo de luz, de todo matiz; ninguna inteligencia, rudimentaria o prócer, deja de hallar, al recorrerlo, el camino oportuno y que más le plazca para dirigirse a Dios, centro de toda inteligencia.»

«Hace más la Liturgia; ella es de una objetividad riquísima en orden a la verdad religiosa. Sin ser un cuerpo doctrinal metodizado según el orden científico de las *Sumas* de la Edad Media, es su contenido de un valor dogmático incomparable. Cada acto del culto católico es profesión implícita del dogma y refutación implícita de las herejías. Así la Iglesia actúa por la Liturgia sobre el pueblo como excelente pedagogo; no sólo enseña a creer, por un procedimiento admirable, sino que echa, al propio tiempo, los cimientos de la verdadera educación intelectual. Porque sin los principios fundamentales y sin las grandes máximas reguladoras de la vida, es imposible el desarrollo progresivo, vigoroso y armónico del entendimiento.»

«El Protestantismo fué suicida, dice el Excmo. señor Gomá, cuando

suprimió la casi totalidad de los sagrados ritos; este hecho hizo más fácil la «pulverización» del pensamiento religioso en el pueblo. La Liturgia es el elemento generador y conservador de la verdad y un método para uniformar el pensamiento de las multitudes.»

«He aquí un hecho capital que domina la historia: quizás no lo utiliza bastante la apologética contemporánea: con todo, nada hay más interesante, a doce siglos de distancia, que la «romanización» lenta y segura, del Imperio Franco bajo la acción de la Liturgia romana» (1). «El *Alleluia* y los himnos de la Iglesia romana, decía a San Agustín, el Apóstol de Inglaterra, el Papa San Gregorio el Magno, resuenan, cantados por lenguas que no conocían más que el hablar y cantar bárbaros... He aquí que el Océano se calma y se humilla bajo los pies de los servidores de Dios, y las olas de estos pueblos incultos y salvajes amainan a la voz del sacerdote» (2). Cuando Clodoveo recibía el bautismo, a la vista de la pompa de las ceremonias, preguntaba a San Remigio si aquello era el Paraíso: «No, dice el Pontífice, no es más que la sombra», al mismo tiempo que le mandaba humillar su cerviz con estas palabras: *Mitis, depone collar, sicamber*; y caía el agua regeneradora sobre el rey gentil que debía fundar el reino de la Francia cristianísima» (3). «La Liturgia es un troquel divino para la formación de los pueblos; sin la Sagrada Liturgia no es posible un pueblo (4), y un pueblo no se forma sin la base de un pensamiento.»

(1) Dr. Gomá, pág. 115.

(2) S. Gregorio *Moralia*, libro 27, cap. II.

(3) Dr. Gomá, pág. 495.

(4) *Idem*, página 115.

LA LITURGIA Y LA EDUCACION DE LA VOLUNTAD

«**L**A virtud de la Sagrada Liturgia, siguen siendo palabras de Monseñor Ragonesi, penetra en la voluntad, y la educa, enseñándola *prácticamente a obedecer y obrar*.

«Potencia tremenda es la voluntad; tremenda por su fuerza y por la facilidad suma con que se desvía. Se ha dicho que *«el hombre es su querer»*; no sólo porque él marca el rumbo de la vida, sino porque le da lo que podríamos llamar «su forma». ¿Cómo educar una potencia tan tremenda y soberana? Hay una regla eficaz en que coincide toda pedagogía: «Enseñar a obedecer». Pero ¡qué dura cosa parece hoy la obediencia! ¡Ay! exclamaba Pío X, de santa memoria; fuerza es decirlo; en nuestros días ya no se sabe obedecer. Hasta en los santuarios se respira este aire mefítico, que está emponzoñando a toda la sociedad; el aire de la desobediencia» (5).

(5) Discurso citado.

«Pues bien: la Liturgia nos ofrece un curso admirable de la obediencia de nuestro Redentor. La doctrina de Cristo, la vida de Cristo, que en mil pasajes de la Liturgia hiere los oídos y el corazón del pueblo, nos acostumbra a ver y a sentir, en la obediencia cristiana, el cumplimiento de la voluntad de Dios, la base del orden social, el ejercicio de la más alta soberanía, el molde de todas las virtudes, el vital resorte con que la

criatura, cuanto más comprime sus perversos instintos, tanto más expansiona sus nobles tendencias en las altas esferas del bien y de la virtud (1).

Pero aún es más directa la acción de la Liturgia sobre la voluntad. «Guardiana de la idea del deber» como la llama un benedictino francés (2), capaz de formar los caracteres cristianos conforme al mismo Cristo, nos infunde el sentimiento de nuestra propia debilidad, factor con que hay que contar en toda pedagogía: «debilidad para el bien»; correlativo exceso de energía para el mal. Afánase la humana pedagogía por curarnos de la impotencia del bien total; en establecer lo que un autor llama «la concordancia entre la fuerza y la realidad», la «adecuación de los objetos y de las tendencias de la vida», y tenemos en la Liturgia el remedio adecuado para ello» (2 bis).

«En este punto, continúa el Excmo. Sr. Gomá, es innegable la fuerza de la Liturgia: ella es una confesión perpetua de nuestra debilidad; más que de la debilidad, de las caídas que nos acarrea. La confesión general y pública de los pecados es rito frecuente, en la Misa, en el Oficio, en la Comunión Eucarística, en la misma confesión sacramental. «Absoluciones» y «bendiciones», tan frecuentes en la Liturgia, importan casi siempre las ideas de miseria, de socorro, de piedad, de pecado: *Exaudi... et miserere nobis... Ipsius pietas et misericordia nos adjuvet... A vinculis peccatorum...* Las voces *peccata nostra, fragilitas, firmamentum, refugium*, que ocurren a cada paso; el *Miserere*, el *Attende Domine, et miserere, quia peccavimus tibi*, el *Kirie eleison*, el sacrificio propiciatorio y expiatorio; la oración, en su misma esencia, el ayuno en determinados tiempos litúrgicos, ¿qué es más, todo este vastísimo sistema, sino una escuela donde aprendemos las lecciones de nuestra debilidad?; y ¿qué es la convicción de la debilidad más que el despertador de la voluntad para que ande con cautela en el camino del deber?» (3).

(1) Idem.

(2) Dom Festugière, O. S. B.

(2 bis) Dr. Gomá, pág. 130.

(3) Dr. Gomá, pág. 131.

LA LITURGIA Y LA EDUCACION DEL SENTIMIENTO

«EN la practica de la religión, continúa el Dr. Gomá, (4) en las relaciones del alma con Dios, o se peca por el predominio de un intelectualismo árido, o de una blanda sensiblería. Temperamentos, hábitos, profesiones, tienen su parte en la vida espiritual, como en toda manifestación anímica. El hombre de ciencia propende al intelectualismo, hasta en su oración; una inteligencia débil, un corazón afectuoso, harán descender las altas cosas del espíritu hasta el plano de un sentimentalismo malsano. El desequilibrio es hasta frecuente y de explicación fácil. Por ello nos asombran San Pablo, San Agustín, San Crisóstomo, Santo Tomás de Aquino, en quienes la fuerza de nuestra religión pudo fundir el vigor del genio con las exquisítes de un corazón delica-

(4) Idem, página 145.

dísimo. La Liturgia católica es una obra estupenda de equilibrio; en ella se refleja el sumo equilibrio de la vida de Cristo, cuyo pensamiento fué tan grande como su amor, y en el que pensamiento y amor, al chocar con las fibras de la sensibilidad, produjeron la más dulce armonía de la vida. Ella refleja la vida de la Iglesia que, en la elaboración secular de la Liturgia, ha vaciado en ésta los tesoros de su espíritu y la ternura de sus entrañas de Madre. Quien vive el espíritu de la Liturgia queda al abrigo del frío del pensamiento y de las ardores malsanos que enervan el corazón.» «Y el corazón del hombre, que no es siempre rehacio a las atracciones del puro amor, levántase a Dios y se dilata en las santas expansiones del amor fraterno, para realizar el sublime ideal que diseñara Jesús en la ardiente oración de la última Cena: *Ut sint unum sicut et nos.*» (1)

(1) Discurso
citado.

LA LITURGIA Y LA EDUCACION DE LA FANTASIA

«**C**OMO eleva el corazón, así la Liturgia es la gran educadora de la fantasía. (2) Por las evocaciones de nuestro culto, vuela la imaginación, llevada a alas de la narración histórica, del símbolo, de la fórmula dogmática, no sólo a los Lugares Santos, para deleitarse en la vida terrena de Jesús, sino que desciende al Purgatorio, para pasarse ante la justicia de Dios; a los abismos infernales para estremecerse en la visión de los tormentos de los pecitos; y sube rauda a la Celestial Jerusalén, para contemplar aquella ciudad divina, morada del reino de Dios, océano de luz y amor, de beatitud y belleza, en el que, como dice el Dante, se confunden, sin mezclarse, bañadas en la luz del Corde-ro, (3) la Virgen, los Angeles y santos, todos cuantos Dios predestinara a la divina y definitiva semejanza con el Verbo, desde los siglos eternos.»

(2) Idem.

(3) Idem.

«La acción educadora del culto divino penetra, en fin, en lo más recóndito de la humana vida; actúa sobre las facultades todas humanas, las fecunda, desarrolla y jerárquicamente coordena, de suerte que funcionen todas concertadas, agrupándose al rededor de las facultades superiores del espíritu y éstas, a su vez, al rededor de Cristo Dios para hacer del hombre el ser perfecto de que nos habla el Apóstol, ideal del hombre absolutamente educado: *Ut exhibeamus hominem perfectum in Christo Jesu.*» (4)

(4) Idem.

LA LITURGIA Y LA VIDA CRISTIANA

CON razón se ha dicho que la Liturgia es «una escuela de vida cristiana.» Por la gracia de Dios y la cooperación personal del hombre, «la gracia de Dios conmigo» (5) en la Liturgia se ejercitan las principales virtudes cristianas. No solamente la virtud de la religión, la más noble de las virtudes morales, que es «el alma de la Liturgia»; explícita

(5) P. Rojo,
pág. 243.

o implícitamente practicamos las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad; la humildad, reconociéndonos pecadores, la misericordia espiritual, rogando por nuestros prójimos; por la Liturgia nos hacemos obedientes, sometiéndonos a la ley disciplinar de la Iglesia, hasta en sus detalles más mínimos, nos hacemos humildes, pues todo en el culto católico se basa en la gran humillación del hombre caído y restaurado por las humillaciones de un Dios; nos hacemos puros y castos, pues la Liturgia difunde la pureza en el mundo ofreciendo la Hostia santa y pura y rodeándola toda de pureza en sus Sacerdotes y ritos, utensilios y ornamentos, purificándolo todo, *purgatum septuplum*, como dice el Salmo, (1) para que pueda ofrecerse al Dios tres veces Santo. La Liturgia inculca los preceptos y normas de vida cristiana y perfecta, siendo para las almas el *Año Litúrgico* un itinerario anual de renovación del espíritu, un admirable método de ascetismo, un verdadero curso de vida y doctrina cristiana; y sus *Tiempos Litúrgicos*, con sus varios matices de austeridad y santa alegría, son a manera de clavos que nos sujetan a la altura de las cosas del cielo; son el contrapeso divino de nuestras tendencias que naturalmente nos llevan a encogernos en las pequeñeces propias de esta tierra. La Liturgia propone a nuestra imitación modelos acabados de vida perfecta recorriendo piadosamente todos los años en su *Ciclo Litúrgico* los principales misterios de la vida del Redentor, y los pone a nuestra vista, no sólo para que los conozcamos y admiremos y veneremos, sino principalmente para que los imitemos, y de día en día se vaya «*formando Cristo en nosotros*» *donec formetur Christus in nobis*. (2) Y si acaso nos causara espanto la alta perfección que vemos en Jesucristo, propónense en la Liturgia, como más acomodados a nuestra flaqueza, los ejemplos de María Santísima y de los Santos que dulcemente nos invitan con San Pablo: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*. Y con esto mueve la Liturgia a la voluntad humana a la práctica de las buenas obras, no ya con ratiocinios sutiles y fórmulas escolásticas, sino hablando con suficiente viveza a los sentidos acerca de las cosas divinas para inclinar la mente a la meditación, el corazón a los afectos y la voluntad a los actos, creciendo los afectos religiosos que espontáneamente brotan de la Liturgia, por el hecho mismo de manifestarlos exteriormente en las asambleas del culto, y multiplicándolos extraordinariamente por el santo influjo que ejercen en nosotros los que a nuestro lado los profesan con fervor.» (3)

«Alta escuela de educación es la Liturgia; individual y socialmente, en la tierra y en la eternidad; nos aglutina (son palabras del Excelentísimo Sr. Gomá.) (4) con Dios y nos hace una misma cosa con Él. La Iglesia tiene un destino social eterno, por la inmersión de toda Ella en el océano de la vida de Dios. Mueren con los siglos las humanas sociedades; ninguna salva los umbrales del mundo. Sólo la Iglesia, como sociedad, durará en la eternidad perpetua. No habrá sólo en el cielo

(1) Psalm.,
XI. 7.(2) Ad Galat.,
IV. 19.(3) P. Rojo,
pág. 257.(4) Dr. Gomá,
pág. 192.

una fruición personal de Dios; sin desaparecer la personalidad, y sin que se mutile la gloria que cada cristiano haya conquistado con sus méritos, todo se armonizará según las exigencias de una sociedad maravillosa. La Iglesia será la Iglesia, definitiva y eterna; Jesús será su Cabeza. Si la gracia de Dios hace de la Iglesia militante un pueblo escogido, «*genus electum*» (1) la gloria del cielo, que es la consumación de la gracia, hará un pueblo glorioso e inmortal. Por eso en lenguaje cristiano y litúrgico llamamos «*patria*» al cielo; y San Juan le vió en el Apocalipsis como una ciudad espléndida, como una tienda «*tabernaculum*», donde mora Dios con los hombres, y «ellos son el pueblo de Dios y Dios con ellos será su Dios» (2). La misma Liturgia nos habla de dos casas, la del cielo y la de la tierra, unidas por la piedra angular, Cristo, que bajó del cielo como piedra cortada del monte: «—*Alto ex Olympi vertice—Ceumonte desectus lapis... —Domus supernae et infimae—Utrumque junxit angulum.*» (3) Allí nos lleva la santa Liturgia, al fin de toda grandeza y perfección humana. Después de ser el instrumento que hace de la Iglesia la «*plebs adunata Christi*», y elevarnos a Dios en un acto múltiple y social de latría, y abrírnos las compuertas de la vida de Dios por el sacrificio, sacramentos y plegaria social, nos introducirá en la ciudad de la luz perpétua, que «no necesita sol ni luna, porque el Cordero es su luminar», (4) para formar el reino de Dios, con elementos «de toda tribu, lengua, pueblo y nación». (5)

(1) Idem, página 190.

(2) Apocal., XXI, 3.

(3) Hymn. ad Laud. in Dedicat. Eccles.

(4) Apocal., XXI, 23.

(5) Apocal., V, 9-10.

CONCLUSION

ADMIREMOS nuestra Liturgia, amemos nuestra Liturgia, estudiemos y enseñemos nuestra Liturgia. «¡Sacerdotes de Dios! os diré con el Excmo. Sr. Ragonesi,—a trabajar para que en nosotros se realicen, en toda su plenitud, las sagradas funciones de nuestro sacerdocio, derivación del sacerdocio de Cristo (6). Trabajemos en todos los órdenes de la vida cristiana, «como buenos soldados de Cristo» (7): vayamos a donde quiera que nos mande la solicitud de nuestros Prelados: ocupemos lugares estratégicos de este inmenso campo que es la vida humana; demos al enemigo la batalla en el nombre de Dios y con la fuerza de Cristo: que al presentarnos a nuestros superiores para darles cuenta de nuestros sudores y fatigas, podamos decirles, haciendo el recuento de los triunfos logrados: «*Bonum certamen certavi.*» (8) Pero no olvidemos que, antes que todo, somos sacerdotes: que nuestra misión es *per prius*, santificadora; y que Dios quiso atar la fuerza de su santidad que es su gracia, al sacrificio, a los sacramentos, a la oración de la Iglesia; es decir, a la santa Liturgia. Que por incomprensión, negligencia o descuido no malogremos la fuerza divina que puso Dios en ella en orden a la formación cristiana de los pueblos.»

(6) Discurso citado.

(7) II ad Timoth., II, 3.

(8) II ad Timoth., IV, 7.

¡Amadísimos seminaristas! a prepararos con el estudio prolijo de

complejísimas materias y con la sujeción a una severa disciplina moral y espiritual, los que debéis ser la «*luz del mundo y sal de la tierra*». La máxima fuerza educadora de los pueblos está en el sacerdocio: el instrumento más eficaz de que éste dispone es la Sagrada Liturgia. Estudiad la Liturgia: no basta un pequeño curso de Rúbricas: eso es liturgia; pero no es la Liturgia. Utilizad libros de piedad litúrgica, y sobre todo, tomad parte activa en las ceremonias y en el canto, cuya restauración tiene en los Seminarios la más firme esperanza.

¡Señoras, Señores, que con vuestra presencia estáis honrando este acto! Con ello demostráis que sois hijos de la Iglesia Católica dispuestos a oír sus enseñanzas para vuestro provecho espiritual. Con el gran Cardenal Mercier os haría yo la siguiente recomendación: «Hermanos míos: además de un ejemplar de la Sagrada Biblia, por lo menos del Nuevo Testamento, cada uno de vosotros tendrá su Misal (ya los hay hermosísimos, traducidos a nuestra lengua,) y os ejercitaréis en practicarlo. Vuestro lugar el domingo y el día de fiesta está en la Misa parroquial o en la Misa más solemne que se celebre; que para vosotros la celebramos los que tomamos parte en la Liturgia de la Iglesia. Allá os encontraréis con los otros miembros de la sociedad cristiana, que formamos la familia espiritual cristiana. El Misal es el libro en que comprenderéis la sosería de las prácticas efímeras de las últimas devociones de moda, y vigorizaréis vuestra fe y vuestra vitalidad espiritual en las fuentes de la sana y fuerte piedad católica.» (1).

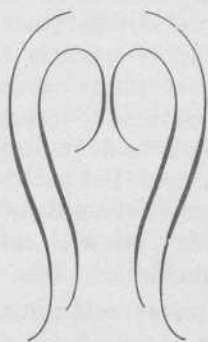
(1) Dr. Gomá,
pág. 536.

A trabajar todos por la restauración litúrgica en nuestra patria española, que fué grande cuando se nutrió con esa divina pedagogía: llenos están nuestros pueblos de las manifestaciones litúrgicas de la fe española en esas soberbias Catedrales, colosos del arte y orgullo de la religiosidad de nuestra raza, que vació en ellas el contenido religioso de su vida: llenos están nuestros museos, aun civiles, de preciosos ornamentos y obras de orfebrería, las más ricas del mundo, admiración de propios y extraños: obras son de nuestros padres que nutrieron su fe y su piedad en las copiosas y abundantes fuentes de la sagrada Liturgia. Capaz será ésta todavía de restaurar la moderna sociedad, que tan necesitada está de Dios: su fuerza no se ha debilitado, porque es el instrumento eterno de Dios, porque en su entraña lleva la persona y la vida misma de Jesús, que es «*de ayer, de hoy, y de todos los siglos*».

Excelentísimo y reverendísimo Señor: voy a terminar, y quiero hacerlo también con las mismas palabras con que termina su magistral obra el sabio y santo Primado de nuestra España: «Difundir, pues, entre los fieles un exacto conocimiento de la Liturgia: infiltrar en su corazón el gusto sagrado de las fórmulas, ritos y cánticos con los cuales, en unión con la Madre común, rinden a Dios su culto: atraerlos a una participación activa en los sagrados misterios y fiestas eclesísticas, no puede menos de servir admirablemente a acercar el pueblo al sacerdote, a

devolverlo a la Iglesia, a fomentar su piedad, a vigorizar su fe, a mejorar su vida». Son palabras de Benedicto XV. Pontífice Sumo, al Congreso Litúrgico de Montserrat. Y mejorar la vida, dice San Clemente, es el fin del Pedagogo Cristo Jesús: «ANIMAS MELIORES REDDERE»; «*volver a los hombres santos*».

HE DICHO.





Editorial Urbión, S. A.

Caballeros, 27

Soria

